

### 3. AMÉRICA LATINA: HISTORIA Y CRÍTICA

**Óscar Zanetti Lecuona:** *Historia mínima de Cuba. Una breve síntesis de los hechos, los protagonistas y los escenarios que han definido Cuba, desde la prehistoria hasta el siglo XXI.* Madrid / México: Turner / El Colegio de México 2013. 342 páginas.

Con la *Historia mínima de Cuba*, El Colegio de México cumplió nuevamente los objetivos de su colección “Historias mínimas”: resumir en unas 300 páginas la historia de Cuba desde sus inicios, reflejando los últimos avances de la investigación, constituye un auténtico desafío. Para lograrlo, el editor de esta colección, Pablo Yankelevich, consiguió la cooperación del prestigioso historiador cubano Óscar Zanetti Lecuona. A lo largo de su impresionante trayectoria académica, Zanetti se ha concentrado en aspectos de la historia económica y en cuestiones metodológicas, partiendo en ambos casos de sus amplísimos conocimientos sobre la historia de Cuba desde la época colonial. Su *Historia mínima de Cuba* se publica, como el resto de los volúmenes, en coedición con la editorial Turner en una bella edición. Apuntando a un lector que no sea cubano ni esté familiarizado con la historia de Cuba, Zanetti propone ofrecer una visión amplia a la vez que sintética de las diversas perspectivas de investigación actuales, sin concederle preferencia a ninguna de ellas. Podemos constatar que logra su propósito en gran medida mediante un estilo claro y analítico. Aun así, en algunos tramos el texto parece casi aséptico, ya que —guardando

ciertas distancias— aspira a evitar errores que pudieran emanar de interpretaciones demasiado profundas. Tanto en el establecimiento de cronologías como en la terminología, Zanetti busca soluciones de toque neutro, por ejemplo con su decisión de titular un capítulo “Una república tutelada”, descartando modalidades más polarizantes como “pseudorrepública” o “república neocolonial”, todavía en uso de manera frecuente en la historiografía cubana contemporánea.

En el primero de sus 10 capítulos, el libro se ocupa de las implicaciones de la situación geográfica de la isla cubana y de su historia precolombina. Los capítulos dos a seis cubren la historia de Cuba durante la época colonial; de ellos, los tres últimos se destinan al siglo XIX. El autor se centra principalmente en la economía de plantación (cap. 4, sin que el tema de la esclavitud merezca un subcapítulo propio) y en los procesos del surgimiento de la identidad nacional (cap. 5), que incluyen de forma prominente las guerras de independencia (cap. 6). En los dos capítulos que siguen, Zanetti resume el lapso que comienza con el protectorado y termina en el año 1958 con la caída del régimen de Batista. En este bosquejo de la república, el autor dirige nuestra mirada hacia las resistencias revolucionarias y el fracaso de la democracia representativa a principios de la década de 1950. Los dos últimos capítulos tratan de la Revolución Cubana de 1959 y de la época socialista, que se extiende hasta hoy en día: el noveno capítulo se ocupa de la primera

—compleja y convulsa— época de la Revolución, mientras que el décimo abarca la fase de la institucionalización del socialismo a partir de los años setenta, el Período Especial a raíz del derrumbe del campo socialista europeo y los procesos de transformación más recientes bajo la presidencia de Raúl Castro.

En la discusión historiográfica la interpretación de la historia de Cuba a partir de la Revolución de 1959 sigue siendo un campo minado, marcado por grandes diferencias ideológicas. Este hecho, más las considerables lagunas de este período que aún quedan por explorar, también son un reto para el autor de esta obra. Zanetti (nacido en 1946), testigo de y participante en la Revolución, recibió su formación y desarrolló su labor como historiador en la Universidad de La Habana durante los años sesenta, setenta y ochenta. Su obra es altamente apreciada en la isla; hace poco, en 2014, fue galardonado con el Premio Nacional de Historia por toda su trayectoria profesional. También en los Estados Unidos su obra se está acogiendo favorablemente.<sup>1</sup> Para abordar la historia de la Revolución Cubana de 1959 de manera convincente, Zanetti sigue una doble estrategia. Por un lado, tiene en cuenta las sensibilidades del discurso oficial establecido en Cuba, dándole bastante importancia a la interpretación de la Revolución como epopeya nacional. Por otro, trata de evitar la simple reproducción de denomi-

naciones estereotípicas y simplificadoras, lo cual lo lleva a preferir casi siempre de términos más neutros, como, por ejemplo, “opponentes” (p. 272) para calificar a quienes se oponían a la Revolución. Como segundo método aprovecha las omisiones que un texto tan compacto necesariamente conlleva, para darle prioridad a ciertos aspectos. Sin embargo, estas omisiones no parecen siempre acertadas: mientras describe los primeros años de la Revolución (que fueron sin duda muy complejos) con gran detalle, no le dedica la misma atención a la época más reciente, desde el comienzo del Período Especial. Si bien se ocupa de los gravísimos cambios en la estructura socioeconómica del país, da la impresión de que evita analizar sus consecuencias para el panorama sociopolítico. Especialmente la cuestión de la legitimidad de un diálogo crítico, incluyendo el surgimiento de nuevas corrientes opositoras y formas de protesta (sobre todo en el ámbito cultural) parecen un tema demasiado delicado para tratarlo en detalle (hay excepciones, como la detención de 75 opositores durante la llamada “primavera negra” de 2003, a la cual se refiere sin utilizar este término; p. 330).

A esto se pueden contraponer varios puntos problemáticos que entrelaza en su relato, por lo general cuando ya estaban establecidos anteriormente como crítica aceptada en el discurso público. Por ejemplo, recoge las críticas al “quinquenio gris” que formularon intelectuales cubanos en 2007. Consecuentemente, menciona los “errores en que incurrió la política cultural” (p. 309) en los años setenta y los ejemplifica con el Caso Padilla. Tampoco silencia el drama del *Ma-*

<sup>1</sup> Especialmente, la traducción de *Caminos para el azúcar* (1987), publicada en 1998 bajo el título *Sugar and Railroads: A Cuban History, 1837-1959*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

riel (1980) y la crisis de los balseros de 1994, con lo cual toma una postura un tanto reconciliadora entre líneas antagónicas de la historiografía a ambas orillas del Estrecho de la Florida. Esto también lo refleja la composición del ensayo bibliográfico útil y conciso con que finaliza la obra.

En conclusión, Zanetti logra cumplir la mayor parte de su promesa de ofrecer un relato equilibrado de la historia de Cuba. Aun así, hubiera sido deseable incluir elementos útiles como pudieran ser un índice o una cronología, como fue el caso en la *Historia mínima de España* de Juan Pablo Fusi, de la misma colección, que ya ha alcanzado su tercera edición (2013), que los incluye a pesar de contar con un número inferior de páginas.

*Albert Manke*  
(Universität zu Köln)

**Rafael Sagredo Baeza: *Historia mínima de Chile*. Madrid / México: Turner / El Colegio de México 2014. 298 páginas.**

Sin duda, la serie “Historias mínimas” editada por El Colegio de México es una de las herramientas más útiles para dar a conocer de forma sucinta el estado de la historiografía latinoamericana sobre temas importantes. En ella han participado expertos muy conocidos y muchos de estos libros se han convertido en obras obligatorias de consulta. El libro *Historia mínima de Chile* no es la excepción. Su autor, Rafael Sagredo, es uno de los historiadores más conocidos de la joven generación chilena. Con su libro sobre Chile demuestra su excelencia.

En poco menos de 300 páginas resume muy eruditamente la historia de su país, desde el primer poblamiento humano hasta la actualidad. Además, presenta un ensayo bibliográfico muy útil que alcanza las 20 páginas. Chile, con su historiografía altamente desarrollada, de ninguna manera carece de estas presentaciones totales. Sin embargo, lo que distingue el libro de Sagredo es que en él se incluyen consecuentemente los resultados de las investigaciones más recientes. Así, en su publicación se leen aspectos interesantes sobre el sistema de salud o el sector de educación, sobre la cultura y las mentalidades, así como los comportamientos colectivos y las autorrepresentaciones.

De esta manera, Sagredo da voz a la polifonía que destaca la historia chilena, y que había quedado escondida en las presentaciones tradicionales de los grandes temas del Estado y de la política. Con un fuerte acento crítico, Sagredo describe repetidas veces en su libro la realidad social en la cual una gran mayoría de la población no tomó parte durante la impresionante expansión de Chile, especialmente en el siglo XIX y XX. Él desea incluir en la historia a aquellas personas que todavía no recibieron mucha atención.

El libro no solo muestra el estado actual de la investigación historiográfica sobre Chile, sino que también se destaca por su rigurosidad. Sin duda, su lectura es una buena recomendación para todos aquellos que necesiten orientarse en la historia chilena desde una historiografía crítica e innovadora.

*Stefan Rinke*  
(Freie Universität Berlin)

José Antonio Piqueras Arenas (coord.): *Historia comparada de las Antillas. Historia de las Antillas V*. Aranjuez: Ediciones Doce Calles 2014. 807 páginas.

Con el volumen reseñado se concluye el ambicioso proyecto del grupo de especialistas en la historia caribeña encabezado por la renombrada historiadora y coordinadora científica de renombre internacional Consuelo Naranjo Orovio, inaugurado hace cinco años con la publicación del primer volumen de la colección “Historia de las Antillas. Historia de Cuba” (coordinado por la propia Naranjo Orovio; 2009).

Este último y quinto volumen mantiene el mismo rasgo esencial de similitud con los anteriores: la investigación por parte de distintos especialistas, 17 historiadores de cinco países. Este grupo fue coordinado por el destacado historiador español, autor de numerosas obras de historia comparada, José Antonio Piqueras Arenas. Ya el título del libro desvela la orientación del volumen y señala su diferencia con la estructura que tuvieron los anteriores. El concepto clásico de presentación cronológica de la historia en sus diferentes temáticas es suplido por la búsqueda de los rasgos comunes y diferentes de las sociedades que se formaron durante los últimos cinco siglos en la región, que está entre las más diversas del mundo. Desde las primeras décadas de la formación del mundo atlántico, el Caribe tuvo una importancia especial, convirtiéndose en el escenario del enfrentamiento entre las potencias que buscaban en sus islas terrenos para el cultivo del apreciado “oro blanco” al mismo tiempo que crecía su importancia estratégica. España defendió,

centrándose en este último aspecto, sus posiciones en el llamado “lago español”, mientras Francia, Holanda e Inglaterra, por otro lado, intentaban establecer en las islas sus bases para el comercio o el contrabando con las costas del continente. Después de esbozar esta escena político-estratégica (pp. 23-46, 519-556), los autores dedican su atención a la problemática económica, sobre todo en la dimensión de las plantaciones de caña y café, ligadas naturalmente con la esclavitud, discusiones sobre el abolicionismo, el reemplazo del trabajo de los esclavos por mano de obra libre y las migraciones, así como también la problemática de la influencia del sistema de plantaciones en el medio ambiente. En los capítulos correspondientes se mencionan las ideas de los portavoces de las sociedades criollas de la época colonial (p. ej. José Antonio Saco en el caso cubano) y la de los políticos del siglo xx que buscaron la explicación de las realidades de sus países en la herencia socioeconómica de los siglos anteriores (Eric Williams).

Los autores no se quedan, sin embargo, solamente en la problemática económica y social. Una parte integral de libro lo forman también los capítulos dedicados a la cultura, con su forma característica para la región, la música, sin olvidar tampoco la literatura y la religión. En el capítulo dedicado a la problemática de esta última, se destaca la presencia del elemento africano, no solamente en sus rasgos generales, sino también en la forma concreta de las diferentes denominaciones religiosas de ascendencia africana (Palo Monte, santería, sociedades Abakuá, etc.). Ciertamente, el puente entre los capítulos sobre economía, sociedad y cultura lo forman las partes dedicadas a la problemática de la

identidad y las corrientes ideológicas en la región, completados por el capítulo dedicado al desarrollo científico. En el contexto de la ciencia, los autores del capítulo correspondiente (Miguel Ángel Puig-Samper y Consuelo Naranjo Orovio) incluyen extensa información sobre la exploración de las Antillas y la creación de su imagen cartográfica (pp. 649-672).

El volumen reseñado es la digna conclusión a una colección que no tiene hasta el momento comparación en la presentación de las Antillas. Juan Antonio Piqueras Arenas y los otros autores que participaron en la preparación de *Historia comparada de las Antillas* han presentado la historia de la región en toda su diversidad y su complejidad, señalando también su lugar en la historia de América y del mundo atlántico. El libro supone un enriquecimiento de la bibliografía existente en cada caso y una inspiración para el estudio comparativo de otras partes de América.

*Josef Opatrný*  
(Univerzita Karlova, Praha)

**Marcos Arriaga Mesa: *La Habana 1550-1600. Tierras, hombres y mercado*. Madrid: Sílex Ediciones 2014. 472 páginas.**

El libro de Arriaga Mesa está centrado en un período relativamente poco desarrollado de la historia de La Habana –la segunda mitad del siglo XVI– que comienza con el traslado del gobernador a dicha ciudad y con su transformación en capital de la isla. Estos cambios marcaron el inicio de su crecimiento tanto demográfico como económico. El libro está basado en fuen-

tes del Archivo Nacional de Cuba (actas capitulares y escrituras notariales), y también, aunque con menos énfasis, en documentos consultados en el Archivo General de Indias o que ya fueron publicados. En ese medio siglo la ciudad se reinventó económica y socialmente –una vez que la minería de oro dejó de ser central en su crecimiento–, proceso que es el objeto de estudio del autor.

La posición estratégica que tuvo La Habana en el sistema de navegación en convoyes organizado por España explica en gran medida la conformación de las principales características de la ciudad. Por un lado, el arribo frecuente y periódico de barcos incrementaba la población en diferentes momentos del año, creando oportunidades económicas para los pobladores que querían (y podían) abastecerlos de los productos más diversos (no solamente alojamiento y alimentos para el viaje y la estadía en La Habana, sino además mercancías comercializables en otros puertos). Por otro lado, la Corona la favoreció con diferentes prebendas destinadas a fijar la población y a protegerla de los numerosos ataques piratas. Sin embargo, la inestabilidad de los flujos de remesas y de los pasajeros en tránsito por la ciudad provocaron, también, desabastecimiento, especulación y un frecuente contrabando. A través de una minuciosa reconstrucción de la economía local, el autor encuentra que la producción interna era limitada y escasa, por lo que se recurrió en gran medida al comercio con otras regiones, comercio que convirtió a La Habana en una importante plaza mercantil.

El libro está dividido en seis capítulos que tratan del contexto histórico en la ciudad en el período elegido, la evolución



de su población, la descripción de la élite y su participación en la vida política y económica, la población no privilegiada de la ciudad, el abastecimiento y el mercado esclavista. Los capítulos han sido concebidos en torno a grandes ejes (plasmados en el título de cada uno), con el despliegue de una gran cantidad de información, que en ocasiones es textual y en otros casos, estadística. Si hay un adjetivo que los caracteriza es, precisamente, que son minuciosos, detallistas y en muchos casos exhaustivos. En esta reseña me voy a explayar solamente en uno de los temas que me pareció particularmente interesante y que en alguna medida sirve como ilustración del contenido del libro: el de los pobladores del común y el de los esclavos, capítulo cuarto.

Este capítulo describe diferentes aspectos de las labores desarrolladas por los sectores no privilegiados de La Habana, que se encuentran separadas en el relato según la clasificación socio-étnica de la población: oficios y empleos de los españoles que vivían de su trabajo, ocupaciones de los indios, de los negros libres y de los esclavos. El autor encuentra a los españoles no privilegiados desempeñando tareas muy diversas, tales como el ejercicio de un oficio (sastres, plateros, carpinteros, etc.), mozos de soldada, construcción de edificaciones y de naves, manufacturas diversas (cuero, azúcar, hierro y barro). La principal actividad, sin embargo, era la construcción de embarcaciones, que daba ocupación a una parte muy importante de la población masculina de la ciudad como carpinteros, calafates, herreros, vidrieros o pintores. Esta construcción implicaba, además, la tala de bosques: en los entornos de la ciudad había grandes bosques

de cedro y caoba que eran muy valorados por los constructores de embarcaciones y que pronto se vieron amenazados y prácticamente extinguidos. Los españoles se conchababan, además, como marinos, y organizaban conciertos productivos para cultivos, pastoreo y montería. Finalmente el autor describe algunos empleos de bien público: encargados de tocar el tambor cuando entraban los navíos al puerto, barberos, cirujanos y escribanos públicos.

Los indios, por su parte, constituían un grupo reducido y bien definido, a quienes se les había asignado unas tierras en Guanabacoa. Su actividad principal era la agricultura, ganadería, pesca y algunos eran además mozos de soldada. Para el autor los negros libres pudieron adaptarse con mayor facilidad que los indios a la vida colonial. Aprendieron con relativa facilidad diferentes oficios y, como dice textualmente: “muchos provenían de ámbitos con niveles culturales y sociales de mayor complejidad, en los que existía un ordenamiento jerárquico claramente establecido y en los que era habitual el pago de tributos y donde ya se manejaban los medios de cambio” (p. 219). En la segunda mitad del siglo XVI no es difícil encontrarlos en el sector artesanal urbano y como dueños de tiendas y tierras. Aunque no podían ocupar cargos, muchos fueron reconocidos como maestros en sus oficios. Por otra parte, debían colaborar en la defensa de la ciudad, lo que les permitía un uso limitado de armas. Finalmente, todo negro (libre o esclavo) tenía prohibido dedicarse en forma independiente a la tala de árboles. Las ocupaciones de las mujeres negras estaban principalmente relacionadas al servicio (lavanderas, limpieza y atención de los hogares). Sobre el trabajo esclavo el

autor no se explaya mucho, aunque hay que considerar que después les dedica un capítulo completo (el sexto).

El libro se caracteriza por tener un relato abarcador de todos los aspectos concernientes a los diferentes temas tratados en cada capítulo, relato sujeto estrictamente a las fuentes consultadas. El autor ha realizado también una cuidadosa búsqueda bibliográfica sobre la historia temprana de La Habana (y de Cuba). Sin embargo, se extraña un mayor diálogo con bibliografía que no trate exclusivamente del caso cubano. Este diálogo permitiría dar un paso más hacia la articulación del caso estudiado con contextos en los que se estaban dando procesos semejantes, y superar lo que en este libro es una mirada descriptiva, apegada a las fuentes y sin un marco contextual explicativo. Detallo aquí dos ejemplos en los que se podría avanzar más allá de la descripción. El primero es el de los precios: el autor ha hecho un trabajo exhaustivo de búsqueda de datos, que ha quedado expresado en cuadros y en breves análisis de la coyuntura cuando era posible. Hay muchos trabajos realizados sobre estos temas que se podrían consultar para el tratamiento de esta información a partir de metodología específica, que quizás ayudarían a una mejor interpretación, o a pensarlos como un conjunto y no como datos aislados. Lo mismo ocurre con las élites de La Habana, tema muy desarrollado en otros espacios geográficos que muestran procesos similares y que permitirían expresar lo encontrado en este estudio en clave regional y no tanto local.

*Raquel Gil Montero  
(CONICET-Mendoza, Argentina)*

**Antonio Acosta: *Prácticas coloniales de la Iglesia en el Perú. Siglos XVI y XVII*. Niccanor Domínguez Faura (compilador). Sevilla: Aconcagua Libros 2014. 424 páginas.**

Este es el segundo título de la colección “Caminos de la Historia”, destinada a reunir la obra dispersa de peruanos y peruanistas en libros de temáticas unitarias y coherentes. En este caso la obra reseñada incluye 10 textos que fueron escritos entre 1979 y 2001 por el historiador español Antonio Acosta, y que analizan diferentes aspectos de la evangelización católica en los Andes, desde una perspectiva socioeconómica. El libro comienza con tres textos introductorios, uno de ellos del mismo autor, que ayudan al lector a entender no solamente las características particulares de esta compilación, sino sobre todo el contexto en que fueron escritos estos trabajos. En particular la introducción de Acosta, escrita especialmente para este volumen, propone al lector un viaje en el tiempo –crítico, lúcido, atrapante–, que le permite situarse en la España posfranquista, en la educación de los americanistas españoles del momento, en las “modas” de la historiografía.

Acosta comenzó a trabajar a fines de la década de 1970 en un campo poco desarrollado en aquel momento, ya que los historiadores de la sociedad y la economía estaban poco interesados en la Iglesia, y la nueva historiografía de la Iglesia, poco interesada en la evolución política, social y económica de la sociedad colonial. Quería, según sus palabras, “colocar a la Iglesia, en sus diferentes expresiones y relaciones, en el plano de la realidad

material del fenómeno colonial” (pp. 28-29). Lo hizo a partir de documentación tanto del Archivo de Indias, como de repositorios peruanos, que visitó por primera vez en el verano de 1978. También se nutrió con mucha curiosidad y avidez de obras de autores extranjeros que en el momento eran muy influyentes y que le permitieron expandir el estrecho horizonte de su formación universitaria realizada en tiempos de Franco. Finalmente hay que agregar que Acosta escribe con mucha sensibilidad sobre la historia colonial peruana (algo que no se encuentra siempre en los autores españoles de su generación) apoyado en un vasto conocimiento de la historia de su país.

El libro está organizado en cuatro partes: 1) la Iglesia católica en América (siglos XVI-XVII); 2) los problemas de la implantación de la Iglesia en los Andes (siglo XVI); 3) las doctrinas de indios de la sierra central (1600-1630); y 4) el contexto socioeconómico de la “extirpación de idolatrías” en la sierra central (1600-1620). La primera parte agrupa textos de carácter general, que incluyen una entrevista que le realizaron al autor en 1988 y que sitúa en contexto los proyectos de investigación que dieron origen a estos textos. La segunda se centra en la actuación del dominico fray Jerónimo de Loaysa (1544-1575), en el contexto de las luchas de conquistadores y encomenderos contra los esfuerzos de centralización llevados adelante por la Corona a través de los primeros virreyes. La tercera estudia el funcionamiento económico de las parroquias de pueblos de indios del Arzobispado de Lima. Finalmente, la cuarta parte, la más extensa del libro, reúne cinco trabajos de dife-

rente perfil escritos en torno a la extirpación de idolatrías.

En esta reseña quisiera extenderme sobre la tercera parte del libro, a modo de ejemplo de lo que el lector puede encontrar en él. Está compuesta por dos artículos en los que el autor analiza diferentes aspectos del funcionamiento de las doctrinas. En su conjunto tratan de dos planos de conflictos: el primero, aquel que se desarrolla dentro del complejo colectivo que integraban los españoles (encomenderos, clero regular y secular, autoridades civiles, particulares); el segundo, entre los indígenas y los religiosos. El autor muestra a lo largo de sus textos a una élite fraccionada y enfrentada por diferentes intereses, aun dentro de lo que podría pensarse un conjunto homogéneo, como por ejemplo, una misma orden religiosa. En particular Acosta enfatiza el carácter económico del conflicto intra élite, distinguiendo dos grandes temas: por un lado, la disputa que hubo por los diezmos y por el otro, los intentos de apropiación del excedente indígena que proporcionaba el control de las doctrinas. En el primero de los temas la disputa se vio favorecida por la acción de la Corona, que intentó frenar el avance del clero regular sobre las tierras de indios, ya que privaba a la Corona de los diezmos (las órdenes estaban exentas).

Acosta diferencia, además, el origen de los fondos que financiaban las diferentes actividades religiosas, así como los grados de prohibición que tenía el clero de realizar actividades económicas. Así, mientras que aquellos que se ocupaban de la doctrina de la población europea e indígena urbana recibían los beneficios



de los diezmos, los que estaban a cargo de las doctrinas de indios en el ámbito rural lo recibían de los tributos. Y Acosta marca una diferencia aún más importante: al clero ocupado de la evangelización de los indígenas se lo condenaba (al menos en teoría) a una austeridad que no se le exigía al clero ocupado de los españoles. La razón de esta diferencia era que el primero debía concentrarse más en la cristianización de los nativos que en sus propios negocios. La realidad, sin embargo —y como siempre ocurre—, parece haber sido mucho más compleja que esta división teórica, algo que el autor se encarga de mostrar a partir de una serie de pleitos entablados entre las comunidades y los doctrineros por sus actividades económicas. Allí las diferencias se atenúan, ya que tanto el clero regular como el secular aprovechaban las ventajas que les daba su posición para realizar negocios a costa de los indígenas.

A pesar de que muchos de los textos fueron escritos hace ya más de 30 años, la presentación conjunta, enriquecida con anotaciones del editor y actualizada a partir de la introducción, los convierten en una obra no solamente interesante, sino recomendable para leer. Un libro que puede servir como punto de partida para los que se inician en estos temas, para quienes no son especialistas en historia de la Iglesia, y también para aquellos especialistas interesados en una sugerente revisión historiográfica.

*Raquel Gil Montero*  
(CONICET, Mendoza, Argentina)

**Roberto Schmit (comp.): *Caudillos, política e instituciones en los orígenes de la nación argentina*. Buenos Aires: Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento 2015. 235 páginas.**

La historiografía política referida a los orígenes de la nación argentina ha abordado detalladamente la dinámica de las facciones y partidos políticos, fundamentalmente en el ámbito urbano bonaerense. El libro que presentaremos a continuación, sin dejar de lado la dinámica de las facciones políticas, incorpora también el análisis de otras instituciones locales, de diversos actores sociales y de espacios “informales” que operaban sobre las prácticas políticas en el ámbito rural de Entre Ríos durante el siglo XIX. En este sentido, se analizan no solo las relaciones internotabillares, sino también los intermediarios políticos y los actores subalternos, y sus vínculos con las instituciones, los espacios informales y otros actores sociales para comprender el consenso, disenso y el conflicto en la construcción o crisis de los poderes políticos. Lejos de ser una historia local, el libro también atiende a las formas en las que el poder político del federalismo entrerriano se articuló con el proceso de formación nacional, de modo que contribuye a los debates, tanto argentinos como latinoamericanos, acerca de los orígenes de las naciones del siglo XIX.

*Caudillos, política e instituciones en los orígenes de la nación argentina* es el resultado de una compilación de trabajos realizada por Roberto Schmit en la cual, a lo largo de ocho capítulos y un epílogo, los autores se interrogarán acerca de las tradiciones y prácticas que desplegó el poder político e institucional en Entre Ríos en el

siglo XIX, las continuidades y transformaciones del poder del caudillismo federal y el modo en el que se articuló el poder político del federalismo entrerriano con el proceso de formación nacional.

En el primer capítulo, “El poder político provincial y el cambio institucional”, Roberto Schmit caracteriza el poder político en Entre Ríos y sus transformaciones a partir de la Constitución provincial. El liderazgo de Justo José de Urquiza, si bien se originó en instancias legales, llevó a cabo una práctica política autocrática implementando un régimen unanímista y asentando su poder y prestigio personal a partir del vínculo con los comandantes militares y los milicianos. Sin embargo, las nuevas normativas que instaló la Constitución provincial de 1860 abrieron una serie de desafíos significativos en este tipo de relaciones políticas concernientes a la división de poderes, las prácticas electorales y la convivencia y el recambio en el poder entre las facciones federales. Ante dichos desafíos Urquiza fue capaz de conservar la gobernación y un poder político concentrado, gracias al manejo de la administración pública conforme a las tradiciones políticas entrerrianas, no sin la oposición de liberales y de algunos federales expresada en los comicios y en la prensa.

En el segundo capítulo, “Articulaciones políticas e institucionales en Entre Ríos”, Schmit analiza, en primer lugar, las competencias de los comandantes militares y, desde 1860, de los jefes políticos en tanto articuladores de las relaciones de la gobernación con los funcionarios entrerrianos y la población. El vínculo personal y político que Urquiza estableció con sus intermediarios fue fundamental para la emergencia y difusión del poder desde el

gobernador hacia los distritos rurales más alejados, valiéndose de lazos clientelares y coactivos. De este modo, se conformó una cadena de administración que abarcaba todos los distritos de la provincia y se centraba en el gobernador. En la segunda parte del capítulo, se examina la evolución de la administración departamental atendiendo, por un lado, a la ocupación entre 1850 y 1880 de las tierras disponibles en la frontera rural y el crecimiento demográfico en esta región; y por otro, al crecimiento urbano de los departamentos de antigua población. Los capítulos tercero, cuarto y quinto, redactados por Mónica Alabart y Roberto Schmit, se articulan a partir de un mismo hilo conductor: el modo en el que se modificó, a lo largo de la década de 1860, la relación entre los sectores subalternos y el liderazgo de Urquiza. El capítulo tres, “Derechos y obligaciones: del consenso al disenso”, analiza los efectos de nuevas normativas (como las leyes de propiedad de la tierra, las reformas fiscales de arrendamiento de las tierras y la ley de vagos) que llevaron a redefinir los mecanismos de negociación entre el pueblo y el gobernador-caudillo. En el cuarto capítulo, “Propiedad, trabajo y justicia en la campaña”, se expone y se profundiza acerca del modo en que la ley de tierras y la ley de vagos aumentaron la pérdida de derechos de acceso a la tierra de la población rural, explorando las prácticas emergentes en la justicia local y las respuestas de los sectores subalternos. Las consecuencias de las transformaciones abordadas en estos dos capítulos se cristalizaron en las acciones de los milicianos en la Guerra de Paraguay, en particular en dos sucesos que marcaron la época: los desbandes de Basualdo y Toledo, tema al

cual se aboca el capítulo homónimo. De este modo, los autores identifican una brecha en la identidad cultural federal en relación a la legitimidad de las acciones que tenían lugar dentro del campo político, militar y del acceso a los recursos públicos y privados.

En el sexto capítulo, “Un baluarte liberal en Entre Ríos: el periódico *La Democracia de Gualeguaychú* (1863-1867)”, Mariana Alicia Pérez analiza el periódico político-partidario *La Democracia*, diario creado por habitantes notables de Gualeguaychú relacionados con el Partido Liberal. Considerando las fuertes críticas que el periódico realizaba a la política de los federales y en particular a la figura de Urquiza, Pérez sostiene que su existencia revela la adhesión generalizada de las élites (tanto del partido liberal como federal) a una ideología liberal que consideraba la libertad de opinión como uno de los pilares básicos del nuevo orden político. Presentándose como un órgano que expresaba la opinión pública, *La Democracia* entablaba discusiones con los redactores de los periódicos rivales que involucraban tanto cuestiones de la política local, como de la política nacional y disputas privadas. En este sentido, la prensa fue un actor clave en el sistema político decimonónico argentino y la existencia de periódicos de tendencias opuestas muestran la amplitud y complejidad del debate político. Cuando la imprenta del periódico fue destruida, luego de cuatro años de su fundación, tanto federales como liberales repudiaron la pasividad de las autoridades locales frente a los daños. Este acontecimiento demuestra la incapacidad del discurso liberal, sin vínculo con las tradiciones políticas entrerrianas y por fuera de la es-

tructura política local, de sentar las bases para una firme oposición al liderazgo de Urquiza.

En los últimos capítulos, Raquel Bressan y Roberto Schmit analizan el modo en el que el poder político del federalismo entrerriano se articuló con el proceso de construcción del Estado a nivel nacional. En este sentido, abordan el modo en el que los representantes políticos, tanto de los ámbitos locales como nacionales, debieron adaptar sus intereses locales y provinciales a los intereses nacionales. En el capítulo “El federalismo entrerriano en el escenario nacional”, Schmit reflexiona acerca de la posición de Entre Ríos en la génesis del nuevo orden nacional y la candidatura de Urquiza en las elecciones nacionales de 1868. Para la década de 1860, en contra de la pervivencia de identidades partidarias regionales y de la tradición política entrerriana enemiga de los unitarios (reencarnados en liberales), Urquiza proponía la fusión de ambos partidos a favor de ampliar sus lazos de influencia interprovinciales, articulando así sus intereses locales a los intereses nacionales. Ante las elecciones de 1868 Urquiza intentó, en un primer momento, construir una red de apoyos interprovinciales apelando a su peso histórico y a sus vínculos personales con otras élites. Sin embargo, luego adoptó un camino mixto al sostener sus alianzas con los federales porteños, a la vez que forjó una alianza más compleja con los liberales porteños de Alsina. Dicha alianza fue dura de sostener ante las rivalidades persistentes entre federales y liberales, de modo que conllevó duras críticas entre sus partidarios.

En el último capítulo, “Interacciones de la política local, regional y nacional

en la formación de la red vial en el Litoral”, Raquel Bressan analiza las causas de la escasa inversión en el sistema de comunicaciones entrerriano y correntino entre 1862 y 1880. La autora sostiene que si bien diversos actores (como políticos locales, empresarios y representantes provinciales en la política nacional) mantuvieron una activa participación en el Ministerio del Interior y en el Congreso proponiendo y demandando nuevas construcciones que beneficiarían el traslado de personas y mercancías; la inestabilidad institucional de las provincias y las dificultades financieras significaron un obstáculo para la materialización de dichos proyectos. Asimismo, la autora destaca que las propuestas que buscaban el apoyo del Estado nacional no siempre representaban los intereses de toda la provincia, como por ejemplo la construcción del Ferrocarril del Este, ideado para bordear un tramo no navegable del río Uruguay, que fue criticado por algunos sectores de los departamentos correntinos y entrerrianos de las costas del Paraná ya que consideraban que conllevaría una profundización de las desigualdades al interior provincial.

El libro finaliza con un interesante epílogo en el que se retoman los tópicos y las problemáticas trabajadas en los capítulos recopilados para cuestionarse —en el contexto de la transición de una forma de republicanismismo federal a otro republicanismismo liberal y de formación de nuevos tipos de hegemonías, liderazgos y formas de acción política— acerca de las transformaciones del poder y el orden político que hasta 1862 había edificado el federalismo entrerriano que lideró la Confederación Argentina. En este sentido se reflexiona acerca de las tensiones entre

las viejas tradiciones y los nuevos tiempos, que llevaron a la pérdida del poder y consenso de los federales entrerrianos y que desencadenó en una crisis en sus referencias tradicionales dentro del naciente espacio nacional. Dichas tensiones se agudizaron en 1867 y 1868 debido, en el nivel nacional, a las alianzas de Urquiza con los liberales porteños y a su derrota en las elecciones presidenciales y, a nivel provincial, debido a conflictos con sus amigos e intermediarios políticos y con los sectores subalternos que vieron erosionados sus intereses socioeconómicos, las identidades políticas y las prácticas culturales.

*Caudillos, política e instituciones en los orígenes de la nación argentina* es un importante aporte a las discusiones historiográficas acerca del siglo XIX en tanto aborda las experiencias de la única provincia que disputó la primacía de Buenos Aires y los desafíos a los que se afrontó defendiendo sus intereses regionales frente a un nuevo sistema de alianzas que fomentaba el poder central nacional.

Luz Ailin Lozada

(Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires)

**Pedro Martínez Lillo / Pablo Rubio Apiolaza:** *América Latina y tiempo presente. Historia y documentos. 100 textos fundamentales para leer nuestro continente.* Santiago de Chile: LOM Ediciones 2015. 466 páginas.

Repensar América Latina pasa necesariamente por un acercamiento a las fuentes que han construido el relato de un siglo tan convulso como lo fue el XX. En dema-

siadas ocasiones los historiadores se limitan a ofrecernos su interpretación de los hechos como partes indiscutibles de un relato que pretende convertirse en verdadero y que no deja de ser una versión más de la construcción de un discurso poco cuestionado. Mucho más valiente es ofrecer al lector aquellos documentos, perdidos entre miles de legajos, sepultados por el vertiginoso devenir de una historia imparabla que a cada paso se supera a sí misma, ya sea en desmesura, en horror, en anhelo de libertad, en entrega generosa al bienestar común, sobre los que se apoya su lectura de los hechos.

Pedro Martínez Lillo y Pablo Rubio Apiolaza han optado por enfrentarse a la historia del siglo xx en América Latina desde la honestidad que supone exponer a la consideración del lector aquellos documentos que, como piedras angulares, han ido construyendo el edificio total de la América actual. Lejos de utilizar el material encontrado, en ocasiones rebuscado y sacado de nuevo a la luz para construir su propio discurso histórico, le ofrecen al lector la inestimable oportunidad de leer por sí mismo la historia viva del continente en aquellas palabras que fueron construyéndola. Encontrar reunidos en un volumen los vibrantes discursos de Guillermo Toriello, canciller de Guatemala con el gobierno de Jacobo Arbenz, ante la Xª Conferencia Iberoamericana; las palabras del presidente brasileño Juscelino Kubitschek ante los embajadores latinoamericanos exigiendo a los Estados Unidos contrapartidas de desarrollo económico frente a los planteamientos anti-comunistas de la Guerra Fría; informes de diplomáticos estadounidenses acerca de la realidad observada en los diversos países,

como las tremendas palabras que escribe George F. Kennan al secretario de Estado Dean Acheson: “Me parece poco probable que haya otra región en la Tierra en la que la naturaleza y el comportamiento humano se hayan combinado para crear un trasfondo más infeliz y desesperanzador para la vida humana que en Latinoamérica”; o la descripción de la Matanza de Tlatelolco que se expone en un informe de la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado de Estados Unidos, entre muchos otros (hasta 92 más otros ocho en el anexo), supone una herramienta de trabajo tan extraordinaria que sin duda este volumen se convertirá en libro de referencia a la hora de intentar dar cuenta de lo que el siglo xx hizo con el continente americano. Y todo ello, como no podía ser de otra manera puesto que historiadores son los autores, organizado en cinco capítulos que van engarzando los diversos documentos, contextualizando su génesis, sus porqués y sus consecuencias.

Walter Benjamin decía que la historia la escriben los vencedores. Lejos de sumarse a “ese cortejo triunfal”, el libro que se comenta permite apreciar hasta qué punto la realidad supera los intentos de manipularla a través de discursos que pretenden apropiarse del relato de los hechos y que no hacen sino poner al descubierto las grietas de una historia oficial que no puede ocultar toda la sangre y el dolor causados. Un solo ejemplo entresacado de los objetivos declarados por Agosti, Massera y Videla en las *Actas para el Proceso de Reorganización Nacional* del 24 de marzo de 1976 en Argentina nos sirve como modelo entre los muchos que el lector encontrará en el libro: “Obtención del



bienestar general a través del trabajo fecundo, con igualdad de oportunidades y un adecuado sentido de la justicia social”. El lenguaje como un arma más en la construcción de la represión social y política representada en ese adjetivo que califica cómo debe ser el sentido de la justicia social: *adecuado*, ¿adecuado para quién?, se preguntará un lector que conoce de sobra los estragos causados por la Junta Militar.

Uno de los rasgos que es necesario destacar es el relato del devenir histórico como un continuo que llega hasta hoy, lejos de las cómodas etiquetas que encasillan los acontecimientos y los presentan como ya superados o definitivamente cerrados y explicados. Este libro ofrece al lector la oportunidad de reencontrarse con aquellos documentos que, al modo de una crónica en ocasiones espeluznante, le permiten asistir al devenir del continente. Así, desde 1945 hasta 2013 nos sumergimos en las fuentes primarias que hablan por sí mismas y desnudan las intenciones de los sujetos históricos en sus acciones públicas. Estos discursos, leídos desde hoy y con la ayuda de los capítulos que les sirven de marco, no pueden disimular ya más la profunda manipulación a que se puede someter el relato de la historia. Pero también asistiremos a las palabras que, esperanzadas, intentaron acercarse a la construcción de un entramado institucional que dotara a sus países del imprescindible marco legal en el que construir un futuro nuevo, alejado de la violencia como marca indeleble de unas sociedades jóvenes y llenas de oportunidades. La única sugerencia que se podría hacer en este sentido es la posibilidad de anotar los textos, ofreciendo una explicación de aquellos términos o actores que

han quedado relegados con el paso del tiempo, pero, sin duda, esto escaparía a los objetivos del volumen.

Es imprescindible hablar también de la postura adoptada por los autores para enfrentarse al hecho histórico. Su opción es la de “abordar la historia desde el presente”, defendiendo, por tanto, la recuperación de la memoria histórica, como mencionan en la presentación del volumen. En este sentido, hay que señalar la coherencia con que se mantiene esta decisión al permitir que sean los propios actores de la historia narrada los que den cuenta de sus actos y de su participación en el devenir más reciente de América Latina. La historia del tiempo presente nos obliga a repensar y analizar la situación actual desde sus inmediatas causas, dotando además de sentido aquellos hechos que en muchas ocasiones se apartan como un pretérito que debe ser condenado al cajón del olvido. Mal que nos pese, el siglo XXI es hijo de su predecesor, demostrando que la falacia del fin de la historia ha dejado paso a un acercamiento que muchos historiadores serios, como es el caso que nos ocupa, renuevan con empuje y decisión para no permitir que el siglo XX quede convertido en un relato ajeno al tiempo presente.

Otro de los aspectos más importantes que tiene el libro es que, a pesar de ser calificado así tanto en el prólogo como en la introducción, dista mucho de ser una antología al uso. Martínez Lillo y Rubio Apiolaza no se limitan a acumular una ingente cantidad de textos de todo tipo, sino que nos dejan asistir al trabajo que el historiador lleva a cabo con sus materiales primarios. Por esta razón, los capítulos que sirven de introducción a

los diversos documentos son esenciales para poder leer en toda su profundidad los documentos aportados y comprender la importancia de las consecuencias que tuvieron y tienen en el desarrollo histórico posterior. Estos capítulos son, además, una ordenación y una propuesta de acercamiento a las diversas etapas que los autores proponen para entender la historia reciente del continente americano. Tomando como punto de arranque el final de la Segunda Guerra Mundial, establecen una primera etapa que nos introduce en la necesidad de un nuevo ordenamiento geopolítico tras la división del mundo en dos bloques. La importancia de la llamada “Guerra Fría” queda patente en el ascenso de dictadores instrumentalizados por Estados Unidos para alejar el peligro de una intervención de la Unión Soviética en un territorio que considera suyo desde el siglo XIX. La opción del panamericanismo encontrará pronto alternativas que serán duramente sofocadas, como ocurre en Guatemala, o alentadas, como en el caso de Bolivia.

La siguiente etapa está marcada por el tremendo aldabonazo que supone en medio de este contexto la Revolución Cubana de 1959, etapa que termina con la terrible fecha de defunción de una de las más importantes alternativas que se ensayó en el continente a la vía armada al socialismo propuesta y alentada por Cuba. 1973 y el fin de Salvador Allende y su propuesta democrática chilena ponen de manifiesto hasta qué punto era difícil lograr el éxito en un contexto habituado a recurrir a la guerra sucia para lograr sus objetivos. Las últimas palabras del presidente chileno antes de su muerte son, a pesar de todo, un canto de esperanza:

“de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”. A partir de este momento y hasta la caída del Muro de Berlín, el fin de la Guerra Fría y las transiciones hacia la democracia, entramos en lo que se denomina “la década perdida”, en la que bajo los auspicios de la doctrina de seguridad nacional, la guerra sucia contra el enemigo interno se convertirá en la herramienta represiva de los sectores conservadores. En esta etapa (1973-1990) encontraremos las declaraciones de los dictadores del momento junto a los acuerdos del Frente Sandinista de Liberación Nacional o la transcripción de la conversación sobre el conflicto de la Guerra de las Malvinas entre el presidente Ronald Reagan y Leopoldo Fortunato Galtieri. El periodo concluye con una apertura hacia la instalación de regímenes democráticos que ponen fin a los terribles métodos utilizados a lo largo y ancho del continente.

El ingreso en la posmodernidad estará marcado por el triunfo global del neoliberalismo y en eso que, como mencionábamos antes, se consideró el fin de la historia. Pero a partir de los primeros años del siglo XXI, algo empieza a virar en el continente, surgiendo con fuerza nuevas propuestas cercanas al ascenso al poder por vía democrática de aquellos grupos históricamente marginados y alejados de la toma de decisiones en las sociedades latinoamericanas, como indígenas y mestizos o grupos de izquierda y propuestas nuevamente calificadas de populistas. En este sentido, los autores establecen un interesante hilo conductor entre los populismos actuales y sus ensayos anteriores que parten del final de la Segunda Gue-

rra Mundial. El libro hace este recorrido hasta llegar a 2013, demostrando que la historia no puede compartimentarse o darse por cerrada en etapas concluyentes; su fluir hacia el presente nos propone una fascinante lectura que permite entender mucho mejor la posición en que nos encontramos en la actualidad.

La lectura que Martínez Lillo y Rubio Apiolaza proponen de los documentos que utilizan y ponen a disposición del lector permite a este hacerse una idea cabal de la importancia que tienen los mismos y del profundo significado que adquieren en su contexto. No es de extrañar que en la sección “Cultura y Sociedad” del diario chileno *La Tercera*, en su edición del 2 de enero de 2016, el volumen haya sido seleccionado entre los diez libros más destacados y originales de la producción editorial chilena de 2015. La rotundidad de esta valoración viene a destacar también la fecunda colaboración transatlántica entre intelectuales españoles y latinoamericanos, como es el caso que nos ocupa, ya que Pedro Martínez Lillo es un historiador español de reconocido prestigio y profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, y Pablo Rubio Apiolaza es historiador e investigador de la Unidad de Historia Política Legislativa de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. El encuentro entre visiones y métodos de análisis sobre la historia presente es una vía sin duda esencial para fomentar la presencia de la historiografía española en los estudios dedicados al continente americano.

Por último, y lejos de limitarse a una visión circunscrita a los textos políticos y a los documentos oficiales, qué gran acierto incluir los discursos de los Premios Nobel latinoamericanos, en su mayoría premios

de Literatura, engarzando así el texto literario con su función de productor de ideología en el marco histórico en que aparecen sus producciones. Las palabras de Gabriela Mistral, Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Adolfo Pérez Esquivel, Gabriel García Márquez, Octavio Paz, Rigoberta Menchú, Mario Vargas Llosa, nos ponen ante la verdad de que nunca cultura e historia pueden caminar por sendas dispares, siendo como son parte una de otra. La propuesta de acercarse a la historia desde poemas, novelas y testimonios abre perspectivas que sin duda serán bien aprovechadas por los lectores de esta obra.

*Raquel Arias Careaga*  
(Universidad Autónoma de Madrid)

**Brian J. Bosch:** *The Salvadoran Officer Corps and the Final Offensive of 1981.* Jefferson / London: McFarland & Company Inc. Publishers 2013. XII + 153 páginas.

El libro que reseñamos en este lugar analiza las estructuras dentro de la élite del ejército salvadoreño durante la fase inicial de la guerra civil. Al ser una reimpression de la edición de bolsillo de 1999 no proporciona información actualizada y recoge el estado de investigación de esa época. O sea, faltan las aportaciones de la amplia literatura sobre el conflicto interno en El Salvador publicada en los últimos 15 años. Habría sido un enriquecimiento si se hubiese añadido por lo menos una relación bibliográfica actualizada o un prólogo que situara el libro en el debate académico actual.

Dejando de lado estas reservas, el estudio de Brian J. Bosch sigue siendo una contribución importante a la historiografía sobre esa época violenta. El autor era coronel en el servicio de inteligencia militar de los EE UU y estaba destinado en esa época en la embajada estadounidense en San Salvador con el cargo de agregado de defensa y ejército. Su misión era recoger información sobre la guerra de insurgencia y asuntos político-militares que amenazaban la estabilidad de El Salvador; una tarea que le permitió acceder a información de primera mano sobre el cuerpo salvadoreño de oficiales y las estrategias bélicas.

Así las cosas, no sorprende que la perspectiva del estudio refleje los intereses y el ideario de los EE UU y del gobierno salvadoreño. Se concentra en los aspectos militares del conflicto y el autor, al referirse a la literatura correspondiente, admite abiertamente que va a abordar solo brevemente las causas de la escalada violenta a partir de 1970 y las responsabilidades acerca de las vulneraciones de los derechos humanos cometidas durante la guerra civil.

En el momento de la denominada ofensiva final de enero 1981, que, paradójicamente, tuvo lugar durante la fase inicial de la década entrante de guerra civil, el cuerpo de oficiales se vio confrontado con dos problemas graves. Por un lado el cuerpo quedó profundamente dividido sobre la cuestión de cómo responder a la crisis política del país. Por otro lado se vio por primera vez ante la amenaza real de una derrota militar frente a las fuerzas guerrilleras. Al narrar cómo el ejército logró superar al final esta doble crisis de fraccionamiento interno y de amenaza armada externa el autor hace un análisis

detallado de los mecanismos internos del cuerpo de oficiales.

El libro se divide en once capítulos. El primer y el último son, respectivamente, una descripción de las características del cuerpo de oficiales y de cómo evolucionó a partir de la década de los treinta y un resumen de los cambios al final del conflicto armado. Los demás capítulos analizan los conflictos internos de las fuerzas armadas, la crisis político-militar de 1979-1980, la escalada de la guerra en 1980-1981, las ofensivas guerrilleras de enero 1981 y la década de guerra después del fracaso de la ofensiva final hasta 1992.

Las secciones más interesantes del libro son sin duda las que ofrecen un análisis profundo de las fuerzas armadas y del cuerpo de oficiales. Proporcionan una imagen matizada de estas instituciones decisivas en la política de El Salvador. Describen las estructuras que aíslan las fuerzas armadas de la política y la sociedad civil del país y analizan el juego de poder entre las varias fracciones del cuerpo de oficiales. El autor constata que, aunque formalmente el funcionamiento interno de las fuerzas armadas estaba estrictamente regulado, los aspectos más importantes para definir el poder y las posiciones políticas del cuerpo estaban sujetos a tradiciones y mecanismos informales, intransparentes y corruptos.

Es un mérito de Bosch el mostrar por ejemplo el papel decisivo que jugaron las denominadas “tandas”, las promociones de los aspirantes a oficial que hacían surgir lealtades muy fuertes. Sobre todo en fases de crisis, el hecho de ser miembro de una determinada “tanda” era un factor decisivo en la lucha por el poder. La “tanda” solapaba en muchos casos otros

aspectos del fraccionamiento del cuerpo de oficiales como clase social, ideología o carrera personal. Fue esta institución la que quedó al centro de los ciclos político-militares típicos para El Salvador en la segunda mitad del siglo pasado. Empezaron por una fase de represión excesiva por parte del gobierno y un bloqueo de reformas necesarias. En esta situación un grupo de oficiales jóvenes, la “juventud militar”, cuyos miembros estaban vinculados por lealtades derivadas de sus tandas, iba a iniciar un golpe de Estado, imponiéndose así sobre los oficiales mayores y asegurándose el ascenso militar, político y social. El presidente del Estado iba a ser escogido de la “tanda” más poderosa.

Gracias a su acceso privilegiado a las fuentes de información el autor puede proporcionar conocimientos sobre las fuerzas armadas de El Salvador que son esenciales para comprender mejor no sólo la esencia de la cultura militarista, sino también la historia política moderna de El Salvador.

*Peter Fleer*  
(*Schweizerisches Bundesarchiv*)

**Sabine Speiser (ed.): *¿Quién habla por quién? Representatividad y legitimidad de organizaciones y representantes indígenas. Un debate abierto.* Quito: Abya-Yala 2013. 259 páginas.**

Este libro integra las aportaciones a un taller internacional que se organizó en Bonn, Alemania, en mayo de 2013. Se centra en preguntas acerca de las posibilidades y problemas de participación y representatividad de las organizaciones indígenas en

América Latina. Con el fin de fortalecer tanto a dichas organizaciones en este subcontinente como la cooperación alemana con los pueblos indígenas, la Sociedad para la Cooperación Internacional (GIZ por sus siglas en alemán) había desarrollado actividades correspondientes durante varios años. El libro recoge reflexiones sobre las experiencias prácticas y la viabilidad teórica de desarrollar la representatividad y la legitimidad de organizaciones indígenas. Se centra en los casos de Colombia, Ecuador, el Gran Chaco y Perú.

Después de una breve introducción de Sabine Speiser al contexto en el cual se originó el libro, Ampam Karakas ofrece una reflexión matizada sobre las cuestiones principales de representatividad y de legitimidad de organizaciones y líderes indígenas. El tema de formas de representación tradicional-indígena mismo conduce a no limitarse a cuestiones de democracia formal-legal, sino a incluir mecanismos de representatividad como líderes y costumbres más allá de los sistemas parlamentarios y formales. El autor distingue tres perspectivas: la de las nacionalidades y pueblos indígenas, la del sector público y social y la de la cooperación internacional (pp. 20 s.). El autor propone un tipo de taxonomía para reflexionar explícitamente sobre los actores y niveles de representatividad y legitimidad para cada una de estas tres perspectivas. Concluye de una manera muy pragmática que “son los propios miembros de una organización, pueblo, nacionalidad, sociedad, gobierno, Estado o de la cooperación internacional los que podrán reconocer si la persona es representativa y legítima o no” (p. 37).

Esta conclusión resulta algo sencilla e idealista, dado que frecuentemente hay



dudas, tensiones y conflictos acerca de la representatividad y legitimidad tanto de personas como de organizaciones. Esto se ve más claramente en los capítulos siguientes. Theodor Rathgeber trata la experiencia colombiana. Sobre todo a través del concepto de los cabildos (como autoridades e instituciones a nivel local) destaca la ambivalencia entre una representatividad auténtica tradicional y una representatividad indígena que está enmarcado por programas políticos.

Volker von Bremen subraya en su ensayo la importancia de los líderes indígenas en el contexto actual y analiza la diversidad de los roles y las funciones de estos en el territorio del Gran Chaco. Los líderes indígenas se ven confrontados entre sus funciones comunitarias y aquellas propias de sus cargos públicos.

El ensayo de Juliana Ströbele-Gregor se refiere al caso de Bolivia, donde el presidente (y también una gran parte de los parlamentarios) se autodefinen como “indígenas”. Coexisten dos conceptos de autoridad: la tradicional y la moderna. Cada una contiene diferentes expectativas por parte de sus representados.

Teresa Valiente-Catter trata el caso especial de Perú. Después de describir la situación del país (especialmente en cuanto a los problemas estructurales y la diversidad sociocultural), la autora reflexiona acerca de los procedimientos de consulta a las comunidades indígenas, visto como un derecho a decidir autónomamente sobre las medidas que afectan sus formas de vida o la posibilidad de revocar funcionarios públicos.

Los tres ensayos siguientes (Philip Altmann, Pablo Ortiz-T., Anita Krainer) tratan las circunstancias en el Ecuador.

Mientras Altmann indaga la causa de éxito en el país de los movimientos sociales al destacar las diferentes estructuras de organizaciones indígenas (especialmente en cuanto a su heterogeneidad, sus propósitos y su grado de organización), Ortiz-T. indaga en las razones de las crisis que se ocasiona en las organizaciones indígenas, donde principalmente existe conflicto en la diversidad de metas, intereses, actitudes, etc., dentro de las sociedades y entidades a las que pertenecen. Anita Krainer centra su ensayo en la interculturalidad indígena teniendo como desafío conservar y convalidar las diferentes tradiciones de sus pueblos como también garantizar la igualdad del trato político, económico, social y cultural.

Helena Ströher cierra la serie de ensayos con un tratado sobre la distribución de tierras fiscales en la Amazonía boliviana y cómo distintas organizaciones (CIP-ITA, FESPAI, FPUCIOC-AI) justifican sus presuntos derechos sobre estas tierras. Bajo el epígrafe “Continúa el debate” están resumidas las experiencias del grupo Alianza de Clima, del Instituto de Ecología y Antropología de Acción, y abre la discusión acerca de diferentes problemáticas en las comunidades indígenas tales como la representación de la mujer.

Concluyendo, se puede resumir que el libro reúne reflexiones sobre experiencias y casos prácticos, no ofrece ni estudios empíricos científicos ni contextualización teórica profundos. No obstante ofrece una gama de reflexiones muy valiosas sobre el problema de la representatividad y legitimidad de las organizaciones indígenas.

*Ludger Pries / Katrina Böse  
(Universität Bochum)*

**Mabel Gonzáles Bustelos: *Narcotráfico y crimen organizado ¿Hay alternativas?* Barcelona: Icaria Antrazyt 2014. 237 páginas.**

En su epílogo, Mabel Gonzáles, autora de este libro, menciona la captura de “El Chapo” Guzmán, líder del cártel de Sinaloa, México (p. 202), para mostrar la dinámica que caracteriza el tema de su estudio: el desarrollo del narcotráfico y sus interrelaciones con el crimen organizado. En más de una ocasión subraya que la detención de las “cabezas” de los cárteles no puede acabar con las estructuras, ya que han dejado de ser organismos jerárquicos y se han convertido en redes descentralizadas, capaces de aprender y de adaptarse a nuevas circunstancias. La captura de “El Chapo” Guzmán ha sido celebrada como un gran éxito de las políticas antidrogas del gobierno mexicano de Enrique Peña Nieto; sin embargo fue más grande aún la vergüenza cuando en julio de 2015 el mismo Guzmán se fugó de la cárcel de alta seguridad usando un túnel de 1,5 kilómetros profesionalmente construido que lo llevó desde la ducha en su celda carcelaria a la libertad. Esta fuga, minuciosamente preparada, puso de relieve tanto el alto grado de complicidad de policías, funcionarios públicos, políticos etc., como el poder de las cordadas de narcos.

Es este el panorama, que nos pinta la autora, periodista y especialista internacionalmente reconocida en temas como el narcotráfico, el crimen organizado y conflictos armados: el narcotráfico ha llegado a ser un fenómeno que ya no se puede controlar con las medidas tradicionales de la política antidroga. La prohibi-

ción, la represión y la persecución ya no pueden acabar con estas redes criminales que vinculan estructuras transnacionales con estructuras locales. Los organismos criminales penetran las sociedades y las estructuras políticas de muchos países de América Latina. La impunidad y la creciente corrupción penetran las sociedades y perjudican el futuro de estos países.

El propósito del estudio es comparar dos casos emblemáticos: Colombia y México, ya que muchos consideran Colombia como un ejemplo de una estrategia exitosa contra el narcotráfico que puede servir como pauta para el caso mexicano. Al contrario la autora afirma: “Una comparación exhaustiva de los dos casos sugiere conclusiones diferentes. En Colombia, las dinámicas del conflicto han resultado afectadas por el Plan Colombia y la desmovilización de los grupos paramilitares. El narcotráfico ha cambiado de manos y se ha reorganizado, adaptando estructuras mucho menos notorias y visibles, mientras mantiene casi intacta su capacidad de abastecer la demanda de cocaína. La estrategia militarizada aplicada en México ha roto los equilibrios en el mercado y ha desatado oleadas de violencia y una reorganización de los grupos, ahora más descentralizados y fragmentados. Pero tampoco ha logrado impedir que las drogas sigan entrando en el mercado estadounidense” (pp. 15 s.).

En lo siguiente, Mabel Gonzáles quiere dar respuestas a preguntas como “¿cómo influye la guerra contra las drogas a las estructuras internas y las dinámicas del crimen organizado en Colombia y México?, ¿cómo cambian y se adaptan y bajo qué condiciones?, ¿qué implica esto de cara a evaluar la eficacia o funciona-

miento general de la guerra contra las drogas, más allá de estos dos países?, ¿qué lecciones pueden extraerse?” (p. 16). Para ello analiza las características del mercado de drogas, sobre todo la ilegalidad y la represión que generan un valor muy superior al que tendrían los productos agrícolas escasamente procesados en un mercado legal bajo supervisión estatal. Es la prohibición que causa los márgenes extremos de ganancia.

La autora describe a grandes rasgos la historia de las políticas antidrogas desde las primeras prohibiciones nacionales, pasando por el régimen prohibicionista internacional hasta la guerra contra las drogas y la militarización del conflicto que hoy en día domina el discurso. Destaca que la presión se concentra en los países productores o de tránsito. Se lucha contra la oferta en vez de enfrentar la demanda que la sostiene.

Gonzáles resume, que la estrategia de la guerra contra las drogas ha fracasado, dado que los niveles globales de consumo de drogas siguen siendo muy altos: “los éxitos parciales de la guerra contra las drogas han ido siempre sucedidos de cambios en el mercado: tanto los cultivos, que se trasladan de un lugar a otro, como nuevas rutas y métodos de transporte y en los puntos de almacenamiento. No se ha logrado detener el flujo de droga, sino que este se convierte en un fenómeno extremadamente dinámico y se extiende a nuevos países y regiones dentro y fuera de América Latina.” (p. 79). Para el caso mexicano constata: “La guerra contra las drogas y la ‘decapitación’ de líderes del crimen

organizado no han tenido los resultados esperados, pero han generado una violencia cada vez más intensa por la competencia dentro de los cárteles y entre ellos. En teoría, esta estrategia de captura de los líderes permitiría disgregar a los grupos que pasaran a ser más fácilmente controlables. Pero el proceso de fragmentación y multiplicación ha logrado lo contrario: son mucho más imprevisibles y el control sobre ellos más difícil” (pp. 153 s.).

¿Hay alternativas? Sí, las hay: la autora dibuja los grandes ejes del debate: (1) modificar el régimen prohibicionista al despenalizar de jure o de facto el uso de ciertas drogas; (2) combatir el narcotráfico por otros medios, como quitarle el sostén económico o inhibir el movimiento de capitales ilegales; (3) la legalización del mercado de drogas para alivianar la situación y reducir los márgenes de ganancia; (4) defender el statu quo ya no puede ser considerado una alternativa viable después de la lectura de los capítulos anteriores. Este último capítulo parece —en comparación con el resto del libro— un poco superficial. Una discusión más matizada hubiera sido un cierre adecuado para este libro profundo y bien informado que logra una visión contundente del problema en sus diversos aspectos. Vale la pena leer esta obra. La autora presenta los resultados de una profunda investigación que son de sumo valor para cualquier persona interesada en este tema.

*Veit Straßner*  
(Johannes Gutenberg-Universität Mainz)